

la razón, según Stacio,² fue porque yendo a la guerra Marte, le aparejó los carros y caballos; de manera que los antiguos tuvieron dos dioses batalladores, como estos indios también, no contentándose con uno y a este segundo llamaron Paynal, que quiere decir: ligero, veloz y apresurado; porque así como en las guerras que se hacían de propósito y con consejo, había primero secreta deliberación para acometer algunas provincias, tenían por dios a Huitzilpuchtli, así, ni más ni menos, tenían este dios Paynal para los casos repentinos y no pensados, cuando sucedía ser acometidos de enemigos o otras necesidades semejantes.

Este dios era vicario o vicecapitán de el ya nombrado Huitzilpuchtli; y cuando apellidaban el nombre de este asombrador dios, era obligada toda la gente de guerra a salir con gran priesa, porque conocían que era el peligro cierto. Para convocación y llamamiento sacaban sus sacerdotes y ministros su imagen en unas andas, y daban muchas vueltas al pueblo con ellas, a todo el más correr que podían. Seguía todo el pueblo con mucha confianza, porque decían que de semejantes peligros los libraba, por ser presto y ligero en sus acometimientos y muy cierto en sus victorias. Y en todos los trechos de los barrios, donde descansaban, le sacrificaban y ofrecían codornices y otras cosas; y muchas veces era de hombres el sacrificio.

CAPÍTULO XXIII. Donde se trata ael dios Tlalocatecuhtli, llamado Neptuno de los antiguos, dios de las aguas; y de otros dioses sus compañeros; y de los errores de estos indios acerca de estos dioses



STOS INDIOS (así como los antiguos gentiles) tuvieron otro dios, que llamaron Tlalocatecuhtli, que quiere decir señor de el paraíso o lugar de sumos deleites, al cual consagraron dios de las aguas y lluvias, que si bien se nota es Neptuno, a quien llamaron dios del mar; y es tanta la semejanza que hay entre estos dos dioses, que bien se echa de ver haber sido el demonio inventor de ambos. Los antiguos (y si no me engaño, porque así lo dice San Atanasio,¹ fueron los primeros los griegos) atribuyeron a Neptuno la presidencia de las aguas (en especial de la mar), porque aunque lo era de todas, así de las nacidas de la tierra como de las engendradas en los aires, le constituyeron de las del mar, por razón de creer como gente marítima que de él procedían todas las llovedizas. Por esto le dieron por cetro imperial el tridente de tres puntas, por significar, entre otras cosas, tres efectos y diferencias de metheoros, de que el agua es madre: la primera es de las exhalaciones y vapores, que son materia de engendrarse vientos. La segunda, la de las exhalaciones, de que se engendran rocíos, escarchas, lluvias, nieves, granizos y piedra. La tercera es de las exhalaciones de que

² Statius. Ovid. Pastor. 6.

¹ Div. Athan. orat. contra Gent.

se engendran impresiones que tienen substancia inflamable, cuales son las cometas, relámpagos, rayos, incendios y otras formas de fuego que en el aire vemos. De manera que aunque a Neptuno le llamaban dios del mar, no sólo lo era de sus aguas, pero de todas las llovedizas. Y así San Isidoro,² dice que Neptuno es llamado aguas del universo mundo; y que es como decir *nube tonans*, que hace estruendo y ruido en las nubes. Pero si no me engaño le dieron aquel lugar por trono por su inmensidad, y tener creído que a dios tan grande, aquel anchuroso y grande lugar le convenía. Esto celebra Virgilio³ en el primero de sus *Eneidos* con grande boato y majestad, fingiendo reprehender a los vientos que sin su acuerdo habían movido y conturbado sus aguas contra el desterrado y fugitivo Eneas. Este nombre de Neptuno, dios del mar, engendrado en Grecia, vino corriendo por otras naciones y llegó a Roma,⁴ como fundada primeramente por el mismo Eneas (al menos de gente suya), y éste fue el dios del engaño, al cual ordenó celebrar fiestas Rómulo para robar las doncellas sabinas que dio a sus ciudadanos por mujeres, como lo dice Tito Livio;⁵ y así fue Neptuno celebrado por dios de las aguas en todas partes.

En éstas, de las Indias Occidentales, fue llamado Tlaloc o Tlalocatecuhtli (como ya hemos dicho), al cual imaginaban poderoso y engendrador de las aguas; no le daban por lugar de su morada la mar, como los griegos, sino otro en la tierra, fingiendo ser muy agradable y deleitoso, muy fértil y colmado de frutas y frescuras. Decían que su situación y asiento era en un monte altísimo y grandísimo, en el cual se formaban y engendraban las aguas y lluvias; y debió de ser la razón ésta.

Dicen que este dios Tlaloc es el más antiguo que hubo en esta tierra, después que se pobló de las naciones que ahora la poseen; porque afirman que los aculhuas, que llegaron detrás de los chichimecas, le hallaron en el monte más alto de toda aquella serranía que hay de aquella parte de la ciudad de Tetzcuco; y que teniéndolo en poca estimación los dichos chichimecas, ellos lo comenzaron a reverenciar y adorar por dios de las aguas; y así se llama hoy día el dicho cerro Tlaloc (cosa muy sabida y conocida en esta tierra). Este ídolo estaba en la cumbre de esta sierra y era de piedra blanca liviana, a manera de la que llamamos pómez. Era su forma y hechura de hombre humano, sentado sobre una losa cuadrada y en la parte anterior de esta losa había un vaso a manera de barreñón o lebrillo bien proporcionado, labrado de piedra, en cuyo hueco podrían caber como seis cuartillos de agua. En este mortero o lebrillejo tenía una goma que llaman ulli, correosa y saltadora (como en otra parte hemos dicho) y estaba derretida a la manera que la pez cuando está en pan. Había en él de todas las semillas de que se mantienen estos naturales, así de maíz de todas colores, como de frijoles, calabazas y otras legumbres. Esta ofrenda que hallaron los primeros que vieron el ídolo fueron renovando cada año después de

² Dv. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 9.

³ Virg. lib. 1. Aeneid.

⁴ Dixim. lib. 4. cap. 25. t. 1.

⁵ Tit. Liv. lib. 1. ab urbe condita.

la cosecha, como en hacimiento de gracias de haberles dado aguas para coger los panes y las demás cosas del sustento y pasadía de la vida. Esta mala figura miraba hacia la parte del oriente, de manera que cogía de cara las provincias de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, por caerle a las espaldas de estas sierras, en cuyas vertientes y casi laderas está situada la ciudad de Tetzcuco.

De la antigüedad de este ídolo se averiguó ser de tiempo de los tultecas, primeros moradores de estos reinos y destruidos ya (como en otra parte se ha dicho),⁶ al cual tuvieron siempre en mucha reverencia y veneración, después mucho tiempo. Reinando en Tetzcuco Nezahualpiltzintli, quiso hacer otro de más majestad y autoridad para ponerle en lugar de éste; y mandó esculpir de una piedra negra y muy dura, para su mayor duración y permanencia; y quitando el antiguo constituyó su nuevo dios en el mismo lugar, pero aquel mismo año cayó un rayo y lo hizo pedazos, lo cual admiró a los aculhuas; y creyendo que no era la voluntad de Tlaloc que se mudase su antigua imagen, volvieron la primera a su lugar y estotra pusieron donde habían arrojado esotra. Y esto hicieron con grandísimos temores de no ser castigados por el trueque. A este ídolo parece haberle quebrado un brazo cuando le trocaron, el cual le soldaron y pegaron con tres clavos gruesos de oro; y después que fue introducida la fe en estas partes, bajaron esta diabólica piedra en tiempo del primer obispo Zumárraga, y quebrándola en su presencia le quitaron estos tres clavos dichos. Fue muy estimado este falso dios, y por esta causa el señor y rey de Tetzcuco, Nezahualcoyot, padre del sobredicho Nezahualpilli, le hizo su imagen muy grande y sumptuosa y puso en el templo mayor de su ciudad con las de sus dos dioses mayores, que eran Huitzilpuchtli y Tlacauepan.

Tenían también creído que todos los montes eminentes y sierras altas participaban de esta condición y parte de divinidad, por lo cual fingieron haber en cada lugar de éstos un dios menor que Tlaloc y sujeto a él, por cuyo mandato hacía engendrar nubes, y que se deshiciesen en agua por aquellas provincias que aquel lugar y sierra aguardaban. Por esta razón acostumbraban venir todos los moradores de aquellas partes que participaban de esta agua y lluvia a este lugar, donde veían que se engendraban las nubes, a adorar aquel dios que creían presidir en él, por mandamiento de Tlaloc; y de estos lugares hay muchos en esta Nueva España, de los cuales, es uno el que ahora se llama San Juan Tianhuizmanalco, cuasi a las faldas del volcán de Mexico, a la parte de el oriente, una legua de la villa de Carrión y valle de Atrisco. Otro es en la falda de la sierra de Tlaxcalla, que mira al poniente, llamada ahora Santa Anna Chiauhtempán.

Esta sierra fue en el tiempo de su gentilidad de grandísima veneración, y en ella adoraban a la diosa Chalchihuitlycue, aunque los tlaxcaltecas la llamaron Matlalcueye, que quiere decir vestida o ceñida de un faldellín, o naguas azules, de color de la flor matlalín; tiene dos leguas de subida y está cercada de montaña toda de pinos y encinas, hasta más de la mitad; luego descubre el cuello pelado de montaña, aunque muy herboso; y en lo

⁶ Tomo I. lib. I. cap. 14.

alto hace a manera de cabeza pelada o peñascosa, y llámase de esta manera porque la montaña que la ciñe y rodea hace visos azules de lejos a los que la miran y los más de los años toma nieve, la cual en pocas sierras de esta Nueva España se causa por ser muy templada. Es esta sierra redonda y bojea más de quince leguas; por esta causa y por armarse en ella todos los aguaceros que riegan a Tlaxcalla y sus comarcas la tuvieron por lugar sagrado, y a Chalchihuitlycue o Matlalcueye por diosa de ella y por la misma razón tenían aquí los indios grande adoración e idolatría; a la cual venía toda la gente de sus alderredores a pedir agua, cuando alguna vez les faltaba, ofreciendo grandes ofrendas y sacrificios. Llamaron a esta diosa Matlalcueye, que quiere decir encamisada de azul, porque pintan estos indios al agua azul, y así la denominan de el color de ella, por esto decían a ésta y al dios Tlaloc señores del agua; pero en Tetzcuco y Mexico era muy honrado Tlaloc; y en Tlaxcalla, Matlalcueye.

Otro lugar hay cerca de esta ciudad de Mexico que ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe, y otro junto al pueblo de Tepepulco, llamado Tepepul, de el cual se denomina el pueblo; y otra sierra muy alta, que está en el valle de Toluca, en cuya cumbre está un lago grande de aguas frigidísimas; y por ser sierra sola y apartada y estar tan subida y empinada hacen gran maravilla sus aguas a los que las consideran, sin saber de dónde tienen origen ni cebo; y creo, que si en el mundo hay algún lugar donde el aire se convierte en agua inmediatamente, es en éste, por su mucha altura y no tener lugares convecinos de donde pueda tenerla comunicada; no cría cosa ninguna por su mucha frialdad; es muy clara y mucho más quieta, sin hacer movimiento ninguno.

A estos lugares venían muchas gentes a ofrecer sacrificios al dios Tlaloc y a los demás dioses sus compañeros, como a los que creían que les hacían este bien y merced de dar las aguas para el reparo y socorro de sus necesidades. A este Tlaloc llamaban estos indios abundador de la tierra y patrón de buenos temporales; su figura era de hombre y su cara de disformísimo monstruo, significando en esto los varios efectos que se producen de las aguas; era su imagen de color pardo, que significaba la de las nubes; en su mano derecha tenía una hoja de oro batido, larga y volteada en lo alto, ancha, y remataba en punta aguda, que era significación del relámpago que culebrea por los aires y del rayo que despide. De manera que los antiguos dieron el tridente a Neptuno, que significaba los efectos de las exhalaciones, y los indios a Tlalocatecuhtli esta hoja de oro, que tiene la misma significación.

No paró el error humano en contentarse con este dios aqueo o de las aguas, sino que llegó el desatino a darle mujer, y no sólo mujer, sino mujeres, de lo cual mofa San Agustín,⁷ y ríe grandemente el desconcierto y locura de estos inventores de dioses casados; y así, en el libro séptimo de la *Ciudad de Dios*, hace mención de dos mujeres de Neptuno, llamada la una Salacia, y la otra Venilia. Salacia, según algunos, es la onda de las aguas,

⁷ Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei cap. 22.

cuando se mueven; y según San Agustín, en el lugar citado, Venilia es la onda cuando viene a hacer golpe en las arenas y playa; y Salacia cuando estas mismas aguas se vuelven hacia dentro a disponer para levantar otra ola; de manera que a las olas de las aguas, según vienen y van, llamaron mujeres de Neptuno y dieron nombre de diosas, como si aquellos movimientos que son de las aguas no fueran naturales, por ser elemento fluido y ralo, y batir en ellas el aire que las mueve.

Otros indios tuvieren otra diosa, llamada Chalchihuitlycue, y entre otros nombres de efectos que le daban, era uno Apozonallotl o Acuecueyotl, que quiere decir, la onda y hinchazón de las aguas, que es lo mismo que Venilia; pero la diferencia de las unas naciones a las otras, en la estimación de estas diosas, es que, como estos indios no sintieron tan groseramente de la divinidad que hubiesen de tratar casamientos en dioses y diosas, no la hicieron mujer de Tlaloc, sino compañera suya. Otros muchos nombres dieron estos indios a esta diosa, pero el de Chalchihuitlycue era el más común y usado, que quiere decir, nahuas o faldellín de las aguas, entre verdes y azules, por los visos que hacen azules y verdes, los cuales visos parece que ciñe aquel movimiento y tumbo que hace la ola; y por esto la llamaron faldellín de las aguas entre verdes y azules. Que sea esto así se prueba porque la ciudad de Tlaxcalla es llamada Chalchiuhapan, por una fuentequilla pequeña que tiene detrás las casas reales, o como otros dicen, dentro del cercado de la huerta de el convento de los frailes menores, que tienen la doctrina de la dicha ciudad a su cargo, cuyas aguas hacen visos verdes y azules, a manera de unas piedras que llaman estos indios chalchihuites, de donde se denomina la fuente y el pueblo del lugar de aquellas aguas. Este nombre no es común, pero úsanlo los naturales en especial para nombrar aquel lugar y asiento de fuente.

A esta diosa tenían en grande reverencia y la edificaban templos por el temor grande que le tenían, por razón de los muchos que morían ahogados y desastadamente en las aguas. Llamabanla Atlacamani, como quien dice, tempestuosa y alborotadora, y Ahuic y Ayauh, porque se mueve a diversas partes, y Xixiquipilihui, porque sus olas suben y bajan y hacen diversos movimientos. Si hubiéramos de seguir el parecer antiguo en todos estos nombres, que son efectos de las aguas, dijéramos ser todos ellos diosas distintas, y siguiéramos un error muy conocido; pero que mucho que el ciego caiga, si no lleva guía, ni que el gentil yerre, falto de dios y de su conocimiento.

A Neptuno dieron los antiguos muchos dioses que le acompañasen, y ninfas y tritones;⁸ a Tlaloc, los indios le dieron otros muchos por compañeros. Estacio⁹ le dio a Neptuno los recios vientos que le acompañasen, con los cuales mueve sus ondas y hace en el mar las tormentas, según lo que, en su primero *Eneido*, dice Virgilio, cuando por petición de Juno, Aeolo los soltó de las cavernas y cuevas de los montes y metió en el mar con-

⁸ Virgil. lib. 5. Aeneid.

⁹ Statius Achillei. lib. 5.

tra Eneas. Estos indios le daban al dios Tlaloc, por su embajador, al dios Quetzalcohuatl; y era la causa, porque algunos días o meses, antes que comiencen las aguas, comienzan unos vientos recios que duran hasta que ellas comienzan y es ordinariamente por cuaresma. Y con esto queda suficientemente probado ser el mismo demonio el uno que el otro, Neptuno Tlaloc y Tlaloc Neptuno; pero la diferencia está, en que Neptuno fue hombre nacido de mujer y engendrado de hombre, como por historia verdadera tienen muchos historiadores, en especial Lactancio Firmiano,¹⁰ que trata de su padre Saturno, y Eusebio;¹¹ pero Tlaloc fue dios imaginario de estos indios, que aun en esto parece que pudieron ser éstos notados de mas juicio, pues ya que erraron fue menor su yerro, por cuanto la verdadera divinidad es incorpórea, y los que la ponen en quimeras o cosas espirituales, que no sea Dios verdadero, ya que mienten y van descaminados, no tanto como los ciegos y locos que la ponen en los hombres mortales como ellos y tan pecadores como ellos.

CAPÍTULO XXIV. *Del dios Quetzalcohuatl, el cual tuvieron estas gentes indianas por dios del aire, y se dicen muchas cosas que le atribuyeron*



QUETZALCOHUATL QUIERE DECIR PLUMAJE DE CULEBRA o culebra que tiene plumaje, y estas culebras, cuyo nombre dieron estos indios a este su dios, se crían en la provincia de Xicalanco, que está en la entrada del reino de Yucatán, yendo de la de Tabasco. Este dios Quetzalcohuatl fue muy celebrado de los de la ciudad de Cholulla y tenido en aquel lugar por el mayor de todos. Este Quetzalcohuatl, según historias verdaderas, fue gran sacerdote en la ciudad de Tula, que de allí fue a Cholulla, y no como dice el obispo fray Bartolomé de las Casas, en su *Apología*, escrita de mano, de Yucatán, aunque fue allá, como después diremos. Dicen de él que era hombre blanco, crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba grande y redonda. Este Quetzalcohuatl dicen los naturales que era grande artista y muy ingenioso, y que les enseñó muchas de las artes mecánicas, en especial el arte de labrar piedras preciosas, que son chalchihuites, que son unas piedras verdes, que estimaban en mucho precio; también para fundir plata y oro y hacer otras cosas, que como le vieron los indios de tan grande ingenio, le tuvieron en grande estimación y lo reverenciaban como a rey en aquella ciudad; y así fue, que aunque en lo temporal era el que gobernaba un señor llamado Huemac, en lo espiritual y eclesiástico este Quetzalcohuatl era supremo y como pontífice máximo.

Fingen los que mucho quieren engrandecer a este su dios, que tenía unos

¹⁰ Lactan. de Institu. lib. 1. cap. 15.

¹¹ Euseb. de Preparat. Evang. lib. 2. cap. 19.